



ALBERTO FUGUET

No ficción

LITERATURA RANDOM HOUSE

Índice

Cubierta
No ficción
Créditos

*A Alejandra Inostroza Hochstedler
A José Antonio Valderrama*

A Fernando García R.

Gracias:

Mauricio Contreras

Andrea Montejo

Rafael Bordachar

Mauricio Varela

Luis Felipe Merino

Diego Celis

Sergio Paz

Andrea Viu

Vicente Undurraga

Imposible llegar.
Ahondar en ti.

AHONDAR
JAVIERA MENA

It hurts to love. It's like giving yourself to be flayed
and knowing that at any moment
the other person may just walk off with your skin.

SUSAN SONTAG

—**Voy a escribir de ti, hueón.**

—¿Cómo?

—Eso. Que voy a escribir de ti, hueón. Entendiste perfectamente, Renzo. Sabes de lo que hablo.

—¿Ah sí, ah?

—Sí. Sabes que sí. Dime que no estabas esperando esto. Dime que te sorprende.

—Esto no. Que escribas, sí. Digo: es curioso que estés aquí en mi casa, Álex, pero me parece predecible que quieras asesinarme.

—Ya no. ¿De verdad te sorprende que yo quiera o necesite escribir de ti para expurgar todo lo que pasó?

—No tanto. Es muy tuyo, todo lo usas. Me lo esperaba, supongo, aunque pensé que podrías controlarte y dejarlo pasar. Yo no cometí ningún crimen, hueón.

—Yo tampoco: enamorarme de ti no fue un pecado, Renzo.

—**Hay una narrativa, creo.** Una historia. Rara, retorcida, menor quizás. Una novelita burguesa, puede ser. Es ~~fue~~ una obsesión. De los dos, creo.

—¿Crees?

—Sí.

—¿A qué viniste, Álex?

—Quiero escribir de ti, Renzo. Eso. De hecho, voy a escribir. O sea estoy escribiendo qué rato. Pero faltaba esto... Verte en persona. Cerrar.

—¿Cerrar?

—Sí, hueón, aclarar, ajustar... Pedirte permiso... Informarte, más bien. No me huevís. Si voy a escribir igual, con o sin nombres, ya

me conoces. Sabías que eventualmente iba a escribir, que tenía que escribir de ti, que al final esto fue una historia. Tuvimos un cuento.

—¿Un cuento? ¿Así le dices? Tú todo lo transformas en ficción, Álex, no puedes controlarte.

—Pero acá fue todo verdad, hueón. Esa es la diferencia. Fue no ficción, como dicen ahora.

—¿No ficción? ¿Sí?

—Sí.

—¿No crees que lo que sucedió fue que te pasaste una película?

—No, hueón: para nada. ¿No habrá sido al revés?

—¿Un cuento? ¿Así que eso fue lo que tuvimos, Álex?

—Fue más que un cuento y lo sabes.

—Un cuento. Todo para ti es eso: una historia. Y nosotros, los que te rodeamos, no somos...

—... ya no me rodeas...

—... los que te rodeábamos y los que te rodean al final no son más que personajes.

—¿Eso es un ataque?

—Tómalo como quieras. Pero siempre ha sido así, Álex. Desde que te conozco. Todo lo usas.

—Así debe ser. Así es, no más.

—No me consta.

—¿De qué puta quieres que escriba? ¿De conspiraciones? ¿De historia?

—Tú dices que esto es una historia.

—No juegues con palabras, no se te da.

—La gente para ti no es gente, todos son personajes. Yo creo que eso fui.

—Sabes que no.

—Sabes que sí.

—Que escriba no implica que...

—Déjame seguir, Álex. ¿Puedo? Es mi departamento. Estás de visita.

—Dale. Sí. Es tu departamento. ¿Te han tocado temblores? Un piso veintidós se debe mover mucho, ¿no?

—No desvíes el tema. Quiero decirte esto: me siento utilizado.

—¿Sí?

—Hueón: me siento muy muy utilizado. No me gusta nada esto del puto libro que quieres escribir. Seguro que ya está escrito, hueón.

—Ideas, apuntes... Y todos los recuerdos. Dos moleskines completos que compré en Nashville mientras rodaba *Rockabilly*. Empecé a escribir de ti sin querer... Para ordenarme.

—¿Ordenarte?

—Fueron hartos años. Pasaron hartas cosas.

—Cosas que pasan, bro.

—Así es.

—No sé. No me convence y no me tinca. ¿Yo qué gano? Sólo pierdo, sigo perdiendo. ¿Quieres expurgar algo y limpiar tu historia o quieres reescribirla a tu antojo y de paso dejarme enfangado?

—¿Enfangado?

—Enlodado.

—Putá, Renzo, de que eres un personaje lo eres, hueón. *Enfangado...*

—¿Qué?

—¿De dónde sacaste esa palabra?

—¿De donde crees? Siempre leí y he leído más que tú.

—Mira, Renzo, si es como tú dices y si es verdad que yo todo lo uso como material...

—Así es. ¿Lo dudas acaso?

—... entonces te voy a admitir que eres más que un personaje, hueón. Sí.

—¿Viste?

—Eres, eras la puta estrella. Aunque de galán no tuvieras, ni ten-

gas, nada. ¿Contento?

—¿Por qué habría de estarlo?

—Lo lograste, Renzo. Ahora vas a ser el protagonista de un libro.

—Co-protagonista. ¿Crees acaso que tú no vas a teñir y preñar todo con tu voz y tus putos tics que tantos desprecian...? ¿Usarás mucho diálogo, mucha frase corta, mucha palabra en inglés? ¿Alguna vez tú no has estado, no te has comido toda la historia?

—Estás violento.

—Honesto.

—Siempre quisiste ser el centro de la atención aunque decías: me molesta que me miren, quiero desaparecer, no quiero tener aroma, me molesta la gente, las aglomeraciones, «tu gente, tu mundo..., los putos famosos...».

—...

—¿Qué?

—Nada... Pensaba que fui algo bastante más sustancial que eso, Álex...

—¿Cómo?

—Creía que fui algo más importante. O mejor... que tenías menos rabia y eras capaz de poner a un lado lo negativo...

—¿Me estás hueveando?

—No.

—A ver. Uno: a estas alturas qué te importa lo que fuiste para mí, Renzo. Pero sí: claro que sí. Fuiste importante, fuiste sustancial, fuiste clave. Llegaba a tu casa y sentía el olor ese a algodón viejo de tus poleras y me empezaba a moquear con sólo abrazarte. ¿Te calma eso? Puta el hueón necesitado...

—...

—Sólo tú sabes lo que tuvimos. Sólo tú y yo, nadie más, Renzo.

—Puede ser.

—¿Cómo que puede ser, saco de hueas? Nadie nadie nadie lo podrá entender porque nadie nos veía a solas. Éramos distintos en público. Sobre todo tú: te gustaba hacerte el torreja, el machito, el zorrón, el cachero-de-Oklahoma, el payaso curado, el simpático, el

duro y resistente y experto en porno y en minas y en hardcore... Puta, el asistente de dirección flaute necesitado de atención que cree que tiene el control y no tiene ninguno porque no se atreve a expresar nada, porque no es capaz de tomar una decisión, que se encierra en el baño a llorar, que cree que tiene amigos porque tiene una puta hoja de llamados con mails y teléfonos. ¿Cuántas actrices te tiraste, hueón? ¿Cuántas? ¿Qué amigo dejaste de ese ambiente? Ninguno, hueón, ninguno. Te salvé.

—No me salvaste.

—Te ayudé a escapar.

—Estaba bien ahí. Era mi mundo. Nunca estuvo en mis planes ser creativo.

—Nunca lo fuiste. Disculpa pero si no te daba las ideas, no te tomaba de la mano, no te hacía barra, no pasaba nada. Quizás ahora es distinto.

—...

—Estás escribiendo recreaciones para matinales, ¿no? Lo que siempre decías que era indigno. Tus críticas de cine dejan mucho que desear. Son como comentarios, resúmenes. Al menos dejaste de escribir en clave sobre nosotros o sobre ti. Sigues fascinándote, veo, con películas en que los dos protagonistas son hombres y hay «tensión». Típico de ti. No todos los bromances son buenos, hueón. Más que amistad, lo que buscan esos personajes es ir más allá. Lo que pasa es que no se atreven. Como tú.

—Creo que es mejor que te vayas.

—No creo que sea una buena idea.

—De verdad, ándate. En buena.

—...

—...

—Me desubiqué, Renzo. Perdona el tono, pero hablemos. Nos conviene a los dos. Esto no sólo tiene que ver conmigo y lo sabes.

—Hueón: sé que piensas que soy un loser y quizás lo soy, lo admito, pero no vengas aquí a esta mierda de departamento a insultarme.

—Dale.

—Ya no tienes una prerrogativa, hueón. Ya no me mandas, ya no eres mi hermano mayor, ya no te admiro. Y putas que te admiré.

—Yo también.

—Mentira: te gustaba. ¿Crees que no me quedó claro en tu terraza ese verano?

—La tienes clara, veo.

—Lo hiciste patente. Tocándome, empujándome a hacer cosas que no quería... Luego me lo dijiste claramente.

—Sí. Es cierto. Sí. Claro que sí. Me gustabas. Más que eso y lo sabes.

—Lo sé.

—Me gustaba que fueras tan loser, sí... Tan vulnerable y perdido y...

—Quedemos hasta acá, Álex.

—Ando tenso. Tú también. Es lógico que nos digamos cosas duras o antipáticas. ¿O no? No sé: cuando te dije que quería venir a conversar contigo supongo que intuiste o anticipaste que...

—¿Qué, hueón?

—Que hablaríamos de lo que nunca hablamos. Que ajustaríamos cuentas. Que esto sería un poco un match.

—¿Sí?

—Eso pensé yo. No vine a sólo verte, a tomar chelas, a echar la talla. Algo de rabia tenemos acumulada.

—¿Algo?

—¿Viste? No nos engañemos. Quiero que conversemos y hablemos y tratemos de limar las asperezas, como se dice. Tú ese sábado no dijiste nada. Nada. Monosílabos. «Así soy». «Tú me conoces». «Nunca se me ocurrió». Perdona, en serio. Partamos de nuevo: conversemos. Sin insultos. No vine a hablar de antes de nosotros, de tu vida pasada, de esa vida que me decías que odiabas... Quería hablar de...

—¿Nosotros?

—Sí, Renzo. De nosotros. De lo que vivimos.

—...

—...

—¿Para qué? Además, el que sale ganando acá eres tú, Álex. Como siempre.

—Hablar es bueno para todos, dicen, y es verdad.

—...

—No quise...

—Me siento incómodo, Álex. Contigo acá mirándome...

—Si quieres miro el suelo, como tú.

—No se trata de eso. Muéstrame tu teléfono. Seguro que estás grabándome. Todos sabemos que tus putos diálogos no son más que transcripciones. No nació ayer, sé que todo lo que diga puedes después escribirlo en tu mierda de libro. No me siento cómodo contigo desmenuzando el pasado y recordando todo y... Mira: todos somos distintas puertas afuera y puertas adentro, Álex. No hay que ser un genio ni ser traducido para saber eso.

—Quizás. Pero no tanto. En privado, a veces, con el whisky suficiente eras...

—¿Qué?

—No me hagas decirlo. Si lo sabes y sabes lo que provocabas en mí.

—No lo sé. O prefiero no saberlo.

—Eras y me hacías sentir increíble. Eso. ¿Muy gay?

—Muy. Mal, pero bien.

—¿Cómo?

—Que si eso es lo que te sucedía es que entonces éramos amigos. Y eso está bien: uno debe sentirse increíble con los amigos. Para eso se está con ellos. Para eso uno quiere y necesita amigos. Me parece bien. Yo me sentía igual. Y estaba orgulloso de ti. Éramos los mejores amigos y lo arruinaste. No tenías que mezclar las cosas. Para qué. El verdadero amor no se expresa, se siente.

—¿Dónde leíste eso? Esto no es un western, Renzo. No eres Montgomery Clift.

—Pero soy hombre, hueón; puedo ser raro pero soy normal. ¿Có-

mo un hueón puede sentir cosas eróticas por otro? Tienes que ser gay, bro, y tú no lo eras. No lo parecías.

—Quizás no lo parezco, pero lo soy, siempre lo he sido y siempre lo has cachado, no te hagas el huevón. Quizás paso piola, como se dice, pero eso es otro asunto.

—Crees que lo eres, Álex. Te confundiste. Todos nos hemos confundido: lo importante es tener las cosas claras.

—Cero confusión, perrito. Cero. Tengo las cosas más que claras. Puedo ser moderno, pero no un huea. El confundido eres tú. ¿Y qué significa *parecer*?

—Tú sabes.

—¿Que ande con las cejas depiladas? ¿Que siempre me vista en Zara? ¿Que use calzoncillos AussieBum con la bandera del arcoíris? No seas hueón, Renzo. No seas básico. Tienes más mundo que eso.

—No sé. Los hermanos –los grandes amigos, las grandes amistades– se quieren y no necesitan expresarlo como animales. Ni tú ni yo lo éramos; si hubiera sabido, Álex, no me hubiera acercado tanto a ti. Te quise como amigo...

—Sigue negando, lo haces bien. Y expresar deseo o calentarse o tirar con un mino no tiene nada de animal para que sepas. Puede ser increíble, hueón.

—Dos amigos que se aman, que se quieren, que se desean incluso porque la pasan bien juntos, porque forman una relación superior a todo, superior a una amistad, muy superior a un matrimonio, no necesitan de algo tan básico como el sexo.

—Uf, Renzo. Desde cuándo crees que el sexo es básico. Cuando hay lazos, no es básico... es una parte clave. Y es rico.

—¿Rico? ¿Qué te pasa?

—Piel es piel. Y la piel masculina huele mejor. Y es más dura. Y tiene músculos debajo. Y ojalá pelos. Crespitos. Abajo. Y un camino a la felicidad.

—Córtala. Has cambiado. Me incomoda. Me da como...

—¿Asco?

—Para qué hablar así.

—¿Por qué tan serio, Renzo? Y no: no he cambiado. Ahora lo digo. Y lo practico y lo paso bien, además. Te lo recomiendo.

—No sé adónde va esto. ¿Me quieres convencer de que un hueón es más rico que una mina? No lo vas a lograr.

—Calma, hueón. Tranquilo. No tienes que actuar. Te conozco. Sé que fui importante. No tienes que hacerte el zorrón, perrito. Éramos algo más, Renzo, eso es todo. Teníamos algo más. ¿No entiendes eso acaso?

—¿Qué? Éramos hermanos. No tiene nada de malo ser hermanos.

—Más que eso: yo quería...

—Culiarme. Lo sé. ¿Para qué? Ahí la cagaste, hueón, ahí se te pasó la mano. Una cosa es ser un poco gay, quererse, completarse, puta, potenciarse, Álex, y otra cosa es ser maraco. ¿O no? Dignidad ante todo, ¿no es cierto?

—Putá, veo que seguimos...

—¿Qué?

—Se nota que todo esto te da pánico, y lo entiendo. Pero en serio: ¿querer besarte y culiarte no es digno?

—Si uno es maricón y te gusta la hueá, supongo que no, pero si uno no lo es... la cosa es como asquerosa y degenerada y...

—¿Y qué? Si en el fondo siempre has querido que te culee, dime que no.

—No, hueón. Es de maraco. De mal gusto. No es no, entiende. Esperaba más de ti.

—¿Sí?

—Sí.

—Y no capto esto de «una cosa es ser gay y otra es ser maraco».

—Que te guste el pico es ser maraco. Gay puede ser otra cosa.

—¿Qué?

—Que te sientas cómodo con un tipo, que te sientas parte de una hermandad, que te sientas más en confianza, pero eso no implica que quieras andar tocando a un hueón y menos en ciertas partes. Sabes perfectamente lo que significa maraco, Álex.